

Entrevista a Jesús Núñez*

Experto en geopolítica,
seguridad y cooperación

ALANDAR
28/03/2017

¿Por qué dominan tanto los estereotipos al considerar las relaciones entre Occidente y el mundo islámico?

Una cosa es la realidad y otra, muy distinta, el discurso dominante sobre ella, ante el que yo voy contracorriente. Hay que admitir que los estereotipos son recíprocos. En una mezcla de ignorancia y de interés porque esa ignorancia se mantenga, se ha ido asentando una serie de estereotipos que dan como resultado unas difíciles relaciones. Occidente no es, para nada, homogéneo. De igual manera, hay muchas expresiones diferentes dentro del islam. Las esquematizaciones y caricaturas simplificadoras no ayudan a comprender, ni a relacionarse bien. Así como desde ámbitos islámicos se reduce la compleja realidad occidental y se considera que hemos perdido todos nuestros valores y principios, también desde Occidente hay un reduccionismo que arroja sobre el islam todo lo negativo que se nos ocurra imaginar. Eso viene de lejos en la historia, pero se ha agudizado en nuestro tiempo.

¿Qué datos contemporáneos explican ese desencuentro?

Hay una fecha referencial, 1993, que marca el final de la Guerra Fría. Con el final de la Unión Soviética desaparece el enemigo claro para los Estados Unidos y Europa occidental. Aparece un intento de identificar al nuevo enemigo. Samuel

* Jesús Núñez es codirector del Instituto IECAH sobre conflictos y Acción Humanitaria, profesor de Relaciones Internacionales en ICADE, escritor y comentarista. En su tercera visita al Foro Gogoá habló sobre "Islam-Occidente, más allá de estereotipos".



Huntington, mezcla de académico y de asesor del gobierno estadounidense, pone en marcha, en 1993, su discurso sobre el "Choque de Civilizaciones" y se pasa de "la amenaza roja" del comunismo a "la amenaza verde" del Islam, que se convierte en el nuevo enemigo a abatir. Permanece una visión del mundo en blanco y negro, lo bueno y lo malo, sin matices. Y el islam pasa a ser retratado –por definición– como intolerante, antidemocrático, machista, violento y terrorista. En un mundo hegemonizado por los EEUU, el influyente politólogo de Harvard identifica como el principal rival al islam, al que imagina en "un arco de inestabilidad" que se extiende desde Mauritania hasta Afganistán y Pakistán. Esa visión alimentó la política militarista de Clinton y reorientó la atención de la OTAN, que pasó a mirar hacia el Sur y no hacia el Este.

Los gobiernos de EEUU y de la UE han asumido que Bashar al-Ásad es un mal menor y que buscarle una alternativa sería más desestabilizador para los intereses occidentales.

¿El lenguaje de los medios de comunicación ha reforzado ese esquema?

Esa visión negativa sobre el islam se ha visto reforzada, sobre todo, con una interesada confusión de términos como "islamista" o "radical". "Islamista", concepto netamente religioso, es una persona cualquiera, del millón seiscientos mil que hay en el mundo, que se declaran creyentes en la fe del islam, por lo tanto los "islamistas" no matan a nadie, nada tienen que ver con los militantes yihadistas. "Radical" es un término político; un "islamista radical" es alguien con vocación de poder que usa claves religiosas para movilizar simpatizantes y conseguir apoyos para organizar la sociedad de acuerdo con sus ideas.

Probablemente a mí no me gustaría vivir en una sociedad dominada por “islamistas radicales”, pero de ninguna manera los confundo con militantes yihadistas de Al Qaeda o del Daesh o de hasta más de 40 grupos que pretenden justificar su violencia con motivos religiosos.

¿El terrorismo yihadista internacional es hoy la principal amenaza para el mundo entero?

Esa es la idea que algunos gobiernos pretenden y, en buena medida han conseguido, meter en nuestras cabezas para recortar nuestros derechos y libertades. El Instituto para la Economía y la Paz (IEP), organización internacional independiente y no partidista, viene realizando estudios anuales sobre el impacto del terrorismo en el mundo. En el año 2015, último del que hay datos, 29.376 personas murieron en todo el planeta como efecto de un atentado terrorista. El 75% de todos los atentados terroristas se produjeron en cinco países: Afganistán, Libia, Nigeria, Pakistán y Siria. Y el 80% de todas las víctimas mortales son personas musulmanas y en países de identidad musulmana. Los occidentales no somos el primer objetivo del terrorismo yihadista. Se está sobredimensionando en Occidente la amenaza del terrorismo internacional, hay que ponderarla. Pero no hay duda: ese terrorismo existe y tiene voluntad y capacidad de matar y de seguir haciéndolo. Si consideramos que la vida humana representa un valor principal, eso obliga a responder, hay que hacer frente a la amenaza terrorista.

Pero, millones de personas en el mundo temen más otras amenazas.

Vivimos en un planeta en que, cada día, mueren en el mundo 35.000 personas por la contaminación de aguas fecales. ¿Por qué hay en nuestro planeta 2.600 millones de personas que no disponen de algo tan elemental como un retrete? Pues solucionar eso, de hoy para mañana, está a nuestro alcance con la tecnología actual. Hacer frente a la amenaza terrorista es bastante más complicado, entre otras cosas, porque ni siquiera tenemos un acuerdo internacional para definir lo que es terrorismo. ¿Y quién define y decide, en nuestro nombre, qué es y qué no es terrorismo? Además nadie puede, a cambio de libertades, ofrecer seguridad plena. Contra el terrorismo

yihadista no hay una solución militar, como nos enseña la historia más reciente, sino, acaso, se puede ganar algo de tiempo. Afganistán, Irak, Libia o Yemen no son hoy países funcionales, no podemos aceptar pretendidas soluciones estrictamente militares.

¿Cómo evitar estereotipos y procurar el encuentro?

La primera línea de trabajo es replantearnos quiénes somos. Cuando yo me considero como ciudadano europeo y español no consigo entenderme a mí mismo si no es como el producto de la civilización judeo-cristiana-musulmana. Musulmana también, claro, porque aquí hubo una época en la que los desarrollados, los transmisores de ciencia, arte y filosofía fueron los musulmanes. Recuperar ese sustrato común como una parte de la identidad europea me parece una tarea fundamental. Y para ello necesitamos escuchar voces actuales de las dos orillas del Mediterráneo. También hemos de asumir nuestra corresponsabilidad en lo que hoy sucede en los países vecinos del Magreb y fomentar la cooperación. Los europeos somos corresponsables de la honda brecha mediterránea de desigualdad entre el Norte y el Sur.

¿Qué responsabilidad tienen nuestros vecinos del sur en su situación?

No echemos la culpa de todo a la colonización. Marruecos es independiente desde 1956. Si, por ejemplo, hoy tiene aún un 50% de población analfabeta, eso es solo responsabilidad del régimen político y los gobiernos marroquíes, que han abandonado su obligación por una mezcla de corrupción e ineficiencia.

¿Hay un sentimiento antioccidental en el conjunto de las sociedades árabo-musulmanas?

Los datos de la realidad dicen que sí. No hay que ir a la historia lejana. Ahora se cumplen cien años del acuerdo secreto Sykes-Picot, firmado entre el Reino Unido y Francia para definir sus esferas de influencia y control en Oriente Medio. Ese acuerdo, que definió las fronteras de Irak y Siria y está en el origen del conflicto entre Israel y Palestina, negó las promesas de una Patria Nacional Árabe y no contempló para nada las expectativas y demandas de la población. Durante cien años los países europeos solo han



visto en el norte de África dos cosas: fuentes de aprovisionamiento energético (petróleo y gas) y vías de tránsito, terrestres y marítimas, de esos recursos hacia nuestro mercado. Eso es vital para España, que no puede vivir, si no entran a diario en nuestras refinerías 1,1 millones de barriles de petróleo. Occidente no ha permitido experimentos democráticos en Egipto, para tener seguro el tránsito de buques petroleros y metaneros por el canal de Suez. Mientras, Europa y EEUU miran para otro lado ante cuestiones como las dictaduras militares, la ilegalización de partidos políticos o la falta de derechos para la mujer.

Contra el terrorismo yihadista no hay una solución militar, como nos enseña la historia más reciente, sino, acaso, se puede ganar algo de tiempo.

Tras la descolonización, ¿cómo han tratado las potencias occidentales al mundo árabe?

Con una política de “divide y vencerás”, para no tener un interlocutor fuerte que pudiera cuestionar sus intereses y reglas de juego. Crearon estados artificiales, como Líbano, antes parte de Siria, sin consultar a las diferentes comunidades, que quedaron fragmentadas o enfrentadas con otras e impusieron a la población mandatarios sumisos a Occidente, incluso llegados de afuera del nuevo país inventado, como sucedió en Jordania, donde los británicos

impusieron como rey a Abdalá I, miembro de la dinastía hachemí, que se consideraba a sí mismo gobernador natural de lo que hoy llamamos Irak. En el actual Irán los EEUU afirmaron en el poder al Sha de Persia, después de apartar, por un golpe de estado con intervención de la CIA, al primer ministro Mohammad Mosaddeq, que había ganado las elecciones y se proponía nacionalizar el petróleo para conseguir el desarrollo de su país. Todo eso pesa mucho en la memoria de las poblaciones árabes y en la imagen que tienen de Occidente. Y en la corrupción dominante, porque los nuevos líderes advenedizos tuvieron que consolidarse sobre un aparato represivo y comprar con dádivas la paz social y la sumisión de los jefes tribales.

¿Qué ha quedado de la llamada primavera árabe?

No ha existido una “Primavera Árabe”. Eso fue solo un modo ampuloso de hablar, un invento de los medios de comunicación occidentales. El movimiento comenzó en 2010, el 17 de diciembre, fecha que en Túnez es otoño, camino del invierno. Pero no llegaron a florecer ni la democracia ni los derechos humanos. En el mundo hay 22 estados islámicos. En cuatro de ellos (Túnez, Libia, Egipto y Yemen) cayó un dictador. Eso quiere decir que en los otros 18 sigue mandando el que mandaba. Pero Libia



y Yemen son no-Estados y en Egipto hubo un golpe de Estado, que acapara todo el poder en manos de 18 militares y ha llevado al país más atrás de donde estaba con Mubarak. A ese golpe militar, John Kerry, el secretario de Estado de Obama, le llamó “un paso de transición hacia la democracia” y el gobierno español ha recibido con honores de jefe de Estado al dictador Al-Sisi, que ha matado en dos años a más egipcios que a los que mató Mubarak durante sus 30 años de gobierno. Sólo nos queda la esperanza de Túnez, que ya está en un cambio de régimen y ojalá pueda llegar a ser una democracia. Hubo en varios países movilizaciones, netamente políticas, de la ciudadanía que reclamaba la caída de dictadores, libertad, trabajo y dignidad y no lo hacía gritando “Alá es grande”, ni “el islam es la salvación”. Fueron todas movilizaciones pacíficas y quien activó el recurso a la violencia fue siempre el régimen de turno. Eso sucedió incluso en Siria, donde, frente a un régimen que, desde el primer día, mataba y llegó a usar armas químicas, había sirios preguntándose: ¿dónde está Occidente? Pero Occidente solo miraba por sus intereses. Las relaciones internacionales se fundamentan en el cortoplacismo y en el parcheo.

¿Qué futuro aguarda a Siria?

Se han cumplido ya seis años de guerra. De una población de 23 millones de personas, ha

muerto medio millón, ocho millones están desplazadas en su propio territorio y cinco millones viven refugiadas en países de alrededor. A pesar de ese balance trágico, los gobiernos de EEUU (el de Obama y el de Trump) y de la Unión Europea ya han asumido que Bashar al-Ásad es un mal menor y que buscarle una alternativa sería más destabilizador para los intereses occidentales. Eso no quiere decir que la violencia en Siria vaya a terminar mañana.

¿Qué deberían hacer nuestros gobiernos y qué podemos hacer los ciudadanos para mejorar este estado de cosas?

Hay capacidades e instrumentos para intervenir, lo que falta es voluntad política. Una práctica controvertida, que algunos pueden considerar neocolonialista, pero que podría mejorar las cosas, es la condicionalidad. Mejorar el comercio, aportar ayudas o rebajar la deuda externa, pero condicionándolo al desarrollo humano y comunitario y a comportamientos democráticos y respetuosos con los derechos humanos. Confío muy poco en nuestros gobiernos. Como ciudadanos, nos toca hacer, gota a gota y en los resquicios del sistema, una tarea continuada de información, sensibilización, movilización e incidencia política. Para no dejarnos asustar por discursos de miedo y, ahora en concreto, para conseguir una atención a los refugiados. Nuestro

comportamiento como consumidores, frente a empresas multinacionales, puede tener también mucha eficacia. Y hay que asumir, con realismo y sin desesperanza, que muchas cosas no van a poder resolverse en el corto tiempo de nuestro ciclo vital. Muchos problemas nos sobrevivirán.

La guerra se puede parar, si se desea. Pero existe el negocio de las armas. Arabia Saudí se ha convertido en el primer comprador mundial de armamento. ¿A quiénes compra y para qué usos?

El 85% del comercio mundial de armas lo asumen los cinco países que, no por casualidad, tienen asiento permanente en el consejo de Seguridad de la ONU: EEUU, China, Rusia, Francia y Gran Bretaña. Arabia Saudí compra armas, sobre todo a EEUU, pero los saudíes no tienen un buen ejército, tienen un museo de armas. Sucede que si uno ha nacido rico tiene muchos juguetes en casa que no sabe usar. Utilizar las armas sofisticadas de hoy exige estudio y esfuerzo. La familia monárquica saudí compra armas estadounidenses practicando el juego de “tú me defiendes y yo fomento tu industria militar”. Los otros que más armas le han vendido son Francia y Gran Bretaña. En el comercio mundial España viene ocupando el quinto o sexto puesto, aunque sólo se lleva un dos por ciento de todo ese mercado; pero se salta a menudo el artículo octavo de la ley 53/2007 que determina los criterios por los que no puede vender armas a según qué países. Y, en tiempo de paz, el Ministerio de Defensa se convierte en agente comercial de fabricantes de armas españolas, buscándoles clientes para asegurar el consumo de su producción. Solo los movimientos de la sociedad civil han conseguido que se firmen acuerdos sobre comercio de armas o de prohibición de minas antipersona.

¿Cómo es la relación entre suníes y chiíes? ¿Hay guerra interna de religiones dentro del Islam?

No hay una guerra de religión. En el Irak de Sadam Husein más de un 30% de los matrimonios eran mixtos entre suníes y chiíes. En la historia hay convivencia y también conflicto que algunos han pretendido instrumentalizar por otros intereses. Pero el conflicto no se basa en disputas teológicas, sino en ansias de poder de algunos grupos.

¿Es posible una reforma del islam para actualizar su mensaje y su presencia en el mundo actual?

El debate está planteado en los términos de modernizar el islam o islamizar la modernidad. Opino que, si el islam no se moderniza, no puede resolver los problemas que se plantean a los musulmanes en un mundo globalizado. Un personaje influyente y controvertido en el debate es Tariq Ramadán, nieto de Hassan al-Banna, fundador de los Hermanos Musulmanes de Egipto. Ramadán, musulmán nacido en Ginebra, doctor en filosofía y literatura francesa, es autor del libro *El Islam minoritario: cómo ser musulmán en la Europa laica*.

¿Qué propone el islam político radical que ha ganado elecciones democráticas en varios países?

Su discurso se sustenta en tres pilares. Plantea que, para ganar autoestima, la comunidad islámica debe recordar el tiempo histórico en que fue desarrollada y admirada por todos y volver a las fuentes originales del Corán y la Sunnah como modelos para organizar la convivencia. Critica la corrupción e ineficacia de los gobernantes y llama a la valentía política aun contando con una represión que no duda en matar, encarcelar o enviar al exilio a sus oponentes. Y dice que, de manera voluntaria, hay que actuar en las catástrofes o necesidades de la población sustituyendo al Estado allá donde éste no llega.

¿Cómo se informa la población arabomusulmana?

Las aburridas y oficialistas televisiones estatales son muy poco sintonizadas. El predominio lo tiene Al-Yazira, cadena de televisión por satélite en la lengua árabe fundada en noviembre de 1996 por el gobierno de Catar. Es el principal canal de noticias del mundo árabe con una audiencia superior a los 270 millones de hogares. La población utiliza de manera creciente internet y, para evitar su popularización, algunos gobiernos han establecido tarifas altas de acceso a la red.

